

Historias Acuarianas para Niños

Un Viaje con las Hadas

Por Emma Mary Coates

El pequeño Tad estaba en el porche trasero de la bonita cabaña blanca donde él, su madre, su padre y su perro, Jock, pasaban los cálidos y hermosos días del verano. Y, por cierto, no debemos olvidar mencionar a Arabella Ann.

Arabella era la cocinera. Tad siempre podía sacar una galleta de Arabella, y ella hacía las mejores reformas que cualquier niño de cinco años podría desear.

Ahora mismo, sin embargo, no pensaba ni en galletas ni en las tortillas; Estaba pensando en otra cosa. Había escuchado a una amiga de Arabella contarle sobre un eco que se podía oír desde la orilla del mar cerca de la casa. Ahora a Tad le gustaba saber todo, y se preguntaba qué podría ser un eco. Así que esa noche, cuando su madre le arropó en la cama, dijo: "Por favor, madre, dime. ¿Qué es un eco?"

"Un eco, hijo", repitió madre. "¿Dónde has oído hablar de un eco?"

"Oí a alguien contarle a Arabella sobre uno que se podía oír desde la orilla del mar", respondió Tad.

"Oh, ya veo", rió madre. "Bueno, Tad, un eco es un hada, y un hada suele vivir en una cueva o edificio grande y vacío."

"Un hada. ¡Oh! Madre, ¿has visto alguna vez? ¿Cómo son? ¿Y qué hacen?" gritó Tad.

"Respuesta a la primera pregunta", respondió madre con una sonrisa. "No, nunca vi un eco. Nadie puede, solo los oímos. ¿Qué hacen? Siempre que alguien llama cerca de su casa, siempre responden repitiendo lo que se dice."

"Pero eso es de mala educación", objetó Tad.

"Oh, no", respondió Madre con gravedad, "porque lo hacen de una manera tan amable y amable."

"Me pregunto", comentó Tad, con los párpados empezando a cerrarse, "me pregunto si yo bajara a la orilla del mar y me quedara muy quieto, si un hada eco no surgiría así como así."

"Me temo que no, muchacho", dijo su madre mientras oscurecía la habitación. "Ahora duerme bien y con agradables sueños."

A la mañana siguiente, Tad y Jock estaban fuera. "Creo, Jock", dijo Tad pensativo, "que podríamos bajar a buscar a una de las hadas del eco. ¿No es así?" preguntó gravemente. Jock respondió afirmativamente moviendo la cola rápidamente. Jock era un compañero tan cómodo; Siempre aceptaba, sin importar lo que se propusiera.

Así que los dos se pusieron en marcha, olvidando por completo mencionar su destino. Pronto llegaron a la orilla del mar, pero no sabían dónde encontrarían al hada. Vagaban y seguían. Por fin fue Jock quien la encontró. Se detuvo para ladrar a una ardilla roja y atrevida, que enseguida empezó a regañarle con fuerza. Tad no se dio cuenta de esto, porque mientras Jock ladraba, desde algún lugar detrás de ellos se oyó más ladridos.

"Es el hada eco, Jock", exclamó Tad. "La encontraste. La encontraste."

Entonces Tad llamó tan fuerte como pudo, y de inmediato el sonido volvió a él, dulce y claro, como solo un hada podría enviarlo. Tad llamó y llamó, pero el hada no parecía cansarse ni impacientarse.

"Oh Jock," exclamó Tad, "¡Cómo desearía que saliera para poder verla! Quizá si nos quedamos muy quietos, pensará que nos hemos ido y saldrá. Vamos a probarlo."

Así que el niño pequeño y el perro grande se acurrucaron bajo un sauce y esperaron. Se quedaron muy quietos. Parecía mucho tiempo; Hacía bastante calor y pronto la cabeza del niño empezó a asentir. Era casi más de lo que podía hacer para mantenerse despierto.

Entonces ocurrió algo, porque acercándose a él, bajo los árboles, estaba la criatura más hermosa que uno pudiera desear ver. Era tan pequeña, no más grande que uno de los soldados de juguete de Tad, y vestía completamente de marrón rojizo. En cada hombro llevaba alas de un delicado tono verde, su cabeza cubierta de rizos dorados y en sus pies llevaba pequeñas zapatillas doradas.

Tad estaba seguro de que era el hada eco y no se atrevió a moverse por miedo a que desapareciera, pero cuando se acercó, agitó la varita y luego dijo alegremente: "Bueno, Tad, así que tú y Jock estabais esperando para verme. Soy el hada eco."

"¡Oh! Sabía que lo estabas, estaba seguro de ello, gritó Tad, "y pensamos que podrías venir si esperábamos. ¿No te importa, verdad?" preguntó.

"¿Por qué debería?" se rió el hada, al ver la expresión ansiosa en su pequeño rostro. "Sabía que estabas aquí; si no hubiera querido que me vieras, no lo habrías hecho."

"Pero dime", dijo Tad, "¿hay muchas hadas eco, y son todas tan bonitas como tú?"

De nuevo el hada rió, y su risa sonó como el tintineo de campanas de plata. "Sí, somos muchos", le dijo, "y todos nos parecemos. Si vieras a alguno de los otros, no podrías distinguirnos."

"¿Cómo se llaman las otras hadas?" Quería saber Tad.

"Se llaman Eco; Todos tenemos el mismo nombre. Ahora voy a dar una vuelta. ¿Te gustaría venir? Puedes hacerlo si quieres."

"No veo nada en qué montar", le dijo Tad. "¿Y a dónde vas?"

En respuesta, Echo puso una flauta dorada en sus labios y emitió una nota clara y dulce.

Los ojos de Tad eran grandes y brillaban de asombro. ¡Qué estupendo lo estaba pasando! Entonces vio una gran tortuga nadando hacia ellos entre las olas.

"¡Oh! qué tortuga tan grande", exclamó. "Nunca había visto uno tan grande como ese."

El hada sonrió: "Ese es nuestro corcel", le dijo. "Qué buen viaje tendremos."

Tad la miró asombrado. "No puedo ir contigo, soy demasiado grande."

"Debes dejarme todo eso a mí", le dijo Echo, "y confía en mí."

Luego tocó suavemente a Jock y Tad con su varita; De inmediato empezaron a hacerse más pequeños hasta alcanzar el tamaño del hada. Qué extraño parecía todo, y la tortuga, que todo este tiempo había estado esperando en silencio, parecía más grande que nunca. Era tan grande que Tad le tenía un poco de miedo, hasta que vio un brillo alegre en sus ojos al mirarlos.

Echo tomó la mano de Tad y se dirigió al agua, pero Tad seguía atrás. "Me mojaré", gritó, "y tanto Jock como yo podríamos ahogarnos."

Pero el hada sonrió y volvió a decir: "Debes confiar en mí. Me aseguraré de que tanto tú como Jock regreséis sanos y salvos."

Luego los tres se subieron a la espalda de la tortuga, que nadó lentamente mar adentro. De repente se lanzó al picado, y Tad descubrió, para su sorpresa, que tanto Jock como él podían respirar bajo el agua con la misma facilidad que por encima de ella.

¡Qué cosas maravillosas vio Tad! Pasaron junto a peces grandes, que los miraban con curiosidad; Algunos se acercaron bastante; Vieron enormes cuevas, todas cubiertas de hermosas algas. El suelo de estas cuevas estaba cubierto de piedras de todos los colores, y por todas ellas se podían ver innumerables pececillos jugando juntos tan felices como los niños pequeños.

Una vez pasaron junto a algo que se alzaba grande y oscuro. Esto, le dijo el hada a Tad, era un barco naufragado. Tad sabía todo sobre naufragios, pues el hermano de Arabella Ann era marinero, y cuando venía a visitarla a menudo le contaba maravillosas historias de naufragios y tierras extranjeras.

Todo este tiempo la tortuga nadaba, guiada por el hada, que le tocaba suavemente con su varita cada vez que quería que se girara.

"Será mejor que volvamos ya", dijo el hada a Tad. "Ya hemos avanzado bastante."

Giró a la tortuga y empezaron a retroceder, pero justo entonces ocurrió algo. La tortuga se detuvo y se negó a avanzar más. "Debo comer algo antes de hacer el viaje de regreso", dijo con firmeza, y a pesar de todo lo que el Eco pudo y dijo de hecho, se negó a devolverlos antes de cenar.

"Ay, qué haré?", lamentó el hada. "Simplemente debo llegar pronto a casa y también debo verte a ti y a Jock de vuelta sanos y salvos. Qué terriblemente egoísta por parte de la tortuga. Nunca volveré a confiar en que me lleve en el agua. Sigamos caminando y veamos si encontramos a alguien que nos ayude."

Mientras caminaban por el fondo del océano, Tad dijo: "Por favor, dime, Eco, ¿por qué Jock y yo podemos respirar bajo el agua? ¿Y por qué no nos mojamos?"

Echo tendió su varita. "Es esto", le dijo. "Cuando te toqué con esto, te convertiste en lo mismo que yo. En cuanto volvamos, os cambiaré a los dos de nuevo como estabais."

Justo entonces caminaron alrededor de una gran roca y vieron ante ellos un gran castillo.

"Oh, aquí es donde viven las hadas onduladas", exclamó Echo aliviado. "Estoy bastante seguro de que nos ayudarán."

"¿Quiénes son las hadas de las ondas?" preguntó Tad. "¿Y qué hacen?"

"Son los que, en días tranquilos, hacen las ondas que ves en la superficie del agua", respondió Echo. "Pero averiguemos si hay alguno en casa. Es hora de que empecemos de nuevo."

Llamó a la puerta mientras hablaba. Lo abrió un hada del tamaño de Echo, solo que esta iba vestida toda de verde, y Tad no podía decidir cuál consideraba la más hermosa.

"Oh, Ripple", exclamó Echo. "Me alegro mucho de que estés en casa, estamos en un gran lío. Espero que nos ayudes."

"Por supuesto que sí", se rió Ripple, "claro, si puedo. ¿Pero quién es esta contigo?" preguntó, dedicando a Tad y Jock una sonrisa acogedora.

"Estos son dos pequeños amigos míos", respondió Echo. "Los traje para dar un paseo." Y luego contó lo mal que la tortuga los había tratado.

"Eso fue muy travieso por su parte", respondió Ripple. "Voy a contárselo a mis hermanas y tendremos que castigarle. Pero entra, e intentaré encontrar alguna forma de ayudarte."

Tad, Jock y Echo entraron y Tad miró a su alrededor con asombro; Estaban en una sala grande y allí había más piedras de colores que había notado en las cuevas. Se sentaron en un enorme montón de musgo marino suave y observaron con mucho interés a los pequeños peces dorados que revoloteaban de un lado a otro,

deslizándose de un rincón a otro y asomándose curiosos tras cortinas de algas marinas a los extraños invitados.

Justo entonces el hada ondulante entró en la habitación. "Nuestro carro estará listo en un momento", dijo.

"Pero ojalá te quedaras más tiempo, porque hay muchos lugares maravillosos aquí abajo que estoy seguro de que a Tad y Jock les gustaría conocer."

"Sé que los hay", respondió Echo, "pero debo volver cuanto antes, porque debo tener de vuelta a Tad y Jock antes de que se les echen de menos."

Tad se preguntaba cómo sería el carro cuando se detuviera frente a la puerta abierta. Era una perla inmensa, con forma de barco, y sujeta a ella por cuerdas de algas marinas, había seis preciosos peces dorados, conducidos por un pequeño hada, aproximadamente la mitad del tamaño de Ripple. Les dio un saludo amistoso y luego desapareció rápidamente.

"Pronto estarás en casa", dijo Ripple. Había subido al carro con ellos y llevaba una varita para guiar a los peces de dorado, que estaban inquietos y ansiosos por empezar.

¡Qué corto le pareció el viaje a Tad! Pensó que acababan de empezar cuando el hada ondulante detuvo el carro en el agua poco profunda justo en el lugar donde habían embarcado sobre el lomo de la tortuga.

Bajaron y la observaron mientras se alejaba con una sonrisa alegre y un amistoso gesto de la mano.

"Bueno, Tad, ¿tú y Jock os lo habéis pasado bien?" preguntó el hada eco.

"Sí," respondió Tad, "y estoy seguro de que a Jock también le gustó. ¿Verdad, Jock?"

Jock saltaba arriba y abajo y ladraba un ladrido gracioso; Era tan, muy pequeño.

El hada eco se rió y, extendiendo su varita, tocó a cada uno con ella, luego desapareció rápidamente en dirección a la cueva donde vivía.

La luz del sol, que caía sobre los ojos de Tad, le despertó. Se incorporó y miró a su alrededor. Jock estaba de pie a su lado, gimiendo suavemente.

"¡Oh! Jock," exclamó Tad, "¿no lo pasamos bien? Solo sé que no fue todo un sueño. Vamos rápido a casa para que pueda contárselo a mamá."

Empezaron a caminar, pero se detuvieron cuando Tad notó las ondas de la luz del sol en la superficie del agua.

"¿Ves, Jock", exclamó, "Esas son las hadas de las ondas, ¿verdad?"

Jock apoyó la cabeza de una forma muy sabia, una de sus orejas erguida; Luego movió la cola y asintió con un ladrido. Y mientras lo hacía, desde la ladera detrás de ellos, llegó dulce y clara la respuesta de Eco.